

EL PAÍS

OPINIÓN

ORTEGA Y GASSET: LOS MALENTENDIDOS SOBRE SU FIGURA.

JOSÉ LUIS ABELLAN - 09 JUN 2000

Quizá pocos casos tan sintomáticos como el de Ortega y Gasset para desvelar las coordenadas de la situación política española y hacer un análisis de su evolución desde la guerra civil hasta nuestros días. Es bien sabido que el ilustre filósofo se colocó ante ésta en una imposible neutralidad, refugiándose -junto con otros eminentes compañeros de generación- en la llamada Tercera España. Tomar partido durante la guerra hubiese significado para ellos aceptar la división de las "dos Españas" -una anomalía patológica que se negaron a reconocer-, aunque la tozudez de los hechos les convirtiera en víctimas propiciatorias de los dos bandos contendientes, que no les perdonaron esa neutralidad, descargando sobre sus figuras virulenta saña. En el caso de Ortega esa saña fue especialmente contumaz y agresiva por las razones que luego veremos. Por lo demás, el caso de Ortega y Gasset pone de relieve, con meridiana evidencia, las insuficiencias de nuestro proceso de transición pacífica a la democracia. En primer lugar, porque sobre ella pesó el maniqueísmo heredado de la contienda civil; sólo que a raíz de la muerte del general Franco los términos se invirtieron, y los victoriosos de la guerra que habían dispuesto del poder político durante la dictadura se convirtieron en los malos de la película. Recuerdo con pasmo, que no ha desaparecido con el tiempo, la contestación que un amigo de tendencia bastante conservadora me dio a la pregunta que le hice sobre a quién votaría en las próximas elecciones democráticas; me dijo que él iba votar al Partido Comunista, y ante mi extrañeza, se reafirmó en su decisión con esta razón: "Sí, sí; es lo que más odiaba Franco". Es claro que el maniqueísmo heredado de la guerra civil, y mantenido con fervor por la dictadura franquista, se había instalado en su alma, aunque invirtiendo los términos con que había querido perpetuarse pertinazmente. Ahora los buenos eran la gente de izquierda, y los malos, esa derecha montaraz a la que, para mayor connotación peyorativa, se denominaba la derecha. El PSOE tuvo el acierto psicológico y político de monopolizar a "los buenos", lo que llevó a la opinión, ampliamente compartida, de que nuestra sociedad española era de centro-izquierda; con esta idea se pretendió consolidar una oposición -representada, primero, por Alianza Popular, y después, por el Partido Popular- que no tendría nunca la posibilidad de ganar unas elecciones. Mientras Fraga Iribarne fuera el líder de esa derecha, el análisis anterior tuvo el

carácter de axioma y se le elevó irónicamente a "Representante de la Leal Oposición al Gobierno de Su Majestad", copiando la fórmula británica.

El problema es que los tiempos cambian, a despecho de los designios de la clase política y de sus intereses. Hoy en España han emergido nuevas generaciones que no vivieron la guerra civil ni sus consecuencias, lo que ha modificado sustancialmente la composición del electorado y de sus condicionamientos psicológico-políticos. Al mismo tiempo, la mitificación de la democracia como una utopía que resolvía por sí misma todos los problemas -lo que se generó en los años anteriores a la caída del franquismo- ha cedido el paso a la convicción de que la democracia no es más que una forma de gobierno -la menos mala de ellas quizá-, y, por lo tanto, un método para resolver los problemas, pero nunca una solución en sí misma.

Ahora bien, una vez hechas estas consideraciones, y si volvemos al caso de Ortega y Gasset, podemos apreciar lo que él mismo tiene de paradigmático de la situación descrita, lo que, por lo demás, viene a ponerse de relieve ante la dificultad que críticos y comentaristas de libros recientes sobre su figura -entre ellos mi propia biografía del filósofo- tienen para acertar con un juicio de mínima ecuanimidad. Y es que Ortega ha sido víctima del maniqueísmo antes señalado, lo que ha llevado a la incompreensión generalizada de su figura y los consiguientes malentendidos. En primer lugar, por parte de los exiliados republicanos -aquellos con los que compartió destino en Buenos Aires entre 1939 y 1942- que no entendieron ni quisieron entender su silencio político; ante esa incompreensión, Ortega decide trasladar su domicilio a Portugal, instalándose en Lisboa, e inmediatamente el exilio lanza su juicio condenatorio, por boca de Guillermo de Torre, hablando de "una deserción".

Una situación parecida va a producirse en 1945, cuando Ortega inicia tímidas incursiones en la España de Franco para tantear las posibilidades de una evolución del régimen hacia niveles de mayor tolerancia y flexibilidad. En primer lugar, recordemos que en ese año, recién terminada la II Guerra Mundial, Ortega cree que el régimen de Franco tiene los días contados tras la victoria de las democracias en la contienda. En realidad, esto es lo mismo que piensan los exiliados republicanos -en Francia, en México, en Inglaterra...-, los cuales permanecen "con las maletas hechas", como con frase tópica se dice, convencidos de que Franco cae de un momento a otro; esa convicción se acentúa en diciembre de 1946, cuando la ONU decreta la retirada de embajadores ante el régimen franquista.

El error de Ortega no consistió en pensar lo mismo, puesto que en esto estaban todos de acuerdo, sino en ponerse en acción y venir a España, para desde ella ayudar a la caída del régimen o, al menos, impulsarle hacia una evolución pacífica. A ese fin se apunta, primero, a la operación de don Juan de Borbón, que fracasa en gran parte por la falta de apoyo de los monárquicos instalados en el régimen, y después, funda un Instituto de Humanidades, en 1948, que le permita una cierta autonomía respecto a la

política imperante, pero también este proyecto fracasa por el acoso de la dictadura. Ésta, que era un régimen confesional, le ataca por los dos brazos que constituían el nervio de su estructura política. El Estado mismo, a través de lo que entonces era la Dirección General de Prensa y Propaganda, baluarte de la censura, que le convierte en objeto de irrisión y escarnio (se le califica de filósofo de toreros y de señoras con abrigo de piel y como dómine insustancial). Pero también la Iglesia, continuando su tradición inquisitorial, arremete contra su figura, presentándole como un pensador ateo y peligroso para la juventud, hasta pretender incluir su obra en el Índice de Libros Prohibidos. En una palabra, Ortega se convirtió en insoportable para el régimen de Franco, de acuerdo con el maniqueísmo imperante de la época. Este maniqueísmo que encontré, como antes decíamos, su continuación durante la primera etapa de la transición de la democracia, es lo que explica la mala prensa que Ortega sigue teniendo y la dificultad para encontrar comentaristas ecuanímenes que simpaticen con su figura y hagan justicia a la complejidad de sus decisiones y actitudes.

Todos los que hemos publicado estudios sobre Ortega y Gasset en los últimos tiempos hemos sentido la injusticia de esos malentendidos, de los que pretendo aquí salir al paso. Tengo confianza en que la nueva juventud sepa superar esos condicionamientos; para ellos ya no existen "buenos" y "malos"; todos podemos ser una cosa u otra según las circunstancias y las coyunturas. El maniqueísmo está dejando de existir, de la misma forma que en el ámbito internacional dejó de existir la guerra fría. Si ésta terminó en 1989 con la caída del muro de Berlín, en nuestra realidad nacional -que también ha tenido su particular guerra fría- el maniqueísmo desapareció el día en que empezaron a votar los jóvenes que no hicieron la guerra, pero que tampoco estuvieron en los avatares de la dictadura. Esperemos que Ortega y Gasset, uno de nuestros grandes filósofos españoles de todos los tiempos, se beneficie de ello.

José Luis Abellán es catedrático de la Universidad Complutense de Madrid

* Este artículo apareció en la edición impresa del viernes, 09 de junio de 2000.

JORDI GRACIA REFLEJA LAS LUCES Y SOMBRAS DE ORTEGA Y GASSET EN UNA BIOGRAFÍA

EFE – Madrid - 22/05/2014



Jordi Gracia refleja las luces y sombras de Ortega y Gasset en una biografía

El escritor Jordi Gracia equilibra la dimensión humana con la faceta intelectual de José Ortega y Gasset en una exhaustiva biografía que desactiva varias leyendas sobre este gran pensador y ensayista, entre ellas la de su franquismo o su complicidad con los fascismos.

"En la Guerra Civil, Ortega decide que el bando que mejor protege sus intereses es el franquista. No fue tanto una elección como una resignada opción. Pero luego no tiene ninguna simpatía ni por Franco ni por el régimen", ha afirmado hoy Gracia en una entrevista con Efe en la que ha desgranado las claves de esta biografía.

Publicado por la Fundación Juan March y la editorial Taurus dentro de la prestigiosa colección "Españoles eminentes", el libro rastrea cada año de la vida de Ortega para que se entienda bien cómo se forjó el pensamiento de quien fue "una figura absolutamente capital en la modernización intelectual de España".

Ortega (1883-1955) era un hombre "insultantemente inteligente" y "una máquina de pensar infatigable", entre otras razones porque "el placer inagotable de pensar es parte de su intimidad como sujeto", dice Gracia, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Barcelona y cuyos ensayos han merecido varios premios.

La vía mejor para adentrarse en la figura de Ortega ha sido "una inmersión integral" en sus cartas, que en su mayor parte permanecen inéditas pero están accesibles en la Fundación Ortega y Gasset.

Y ha trabajado, además, con "esa maravilla de 600 páginas" que es "Las cartas de un joven español", un libro que muestra al "muchacho que era Ortega entonces, un joven

superdotado, con una capacidad mental para organizar la descripción del mundo que era única", comenta el autor de esta biografía de 700 páginas, fruto de cinco años de trabajo.

Al no escamotear la dimensión humana, Jordi Gracia refleja también las facetas más antipáticas de Ortega, en especial "su complejo de superioridad". "Era muy engreído y muy suspicaz. No encajaba las críticas".

"Y tenía un impulso mesiánico redentor". El horizonte de su ambición intelectual, añade el biógrafo, "era gestar la transformación de España en un país moderno".

Ortega también descubre pronto que "puede llegar a ser el formulador de la nueva filosofía". La teoría de la relatividad de Einstein, "en la medida en que descubre un nuevo tiempo en términos físicos, necesita una nueva filosofía", y esa es la que iba a aportar Ortega, comenta el autor.

En 1914, Ortega ya era "el pensador más moderno, europeo y perdurable del siglo XX en España". Ese año fue clave en su trayectoria porque "lidera la movilización política de los jóvenes antisistema -entonces habría que llamarlo así- contra el Partido Conservador y contra el Partido Liberal".

Y ese año publica "Meditaciones del Quijote", la primera cristalización de su pensamiento. En 1916 "empieza a sentir que tiene ya armada la idea de su razón vital filosófica".

Este "pensador ateo que identifica como enemigo de su proyecto a la iglesia católica" fue "admirado y respetado" por intelectuales como Unamuno, Valle-Inclán, Baroja, Azorín, Machado, Juan Ramón Jiménez, Azaña, Gregorio Marañón o Américo Castro.

Esa admiración no evitó que algunos "detectaran pronto la soberbia" de Ortega. Fue Pérez de Ayala el que le dijo "en una carta feroz: 'usted no acepta las críticas de nadie. Usted cree que es la verdad'", recuerda Gracia.

Entre "las leyendas" que esta excelente biografía intenta desactivar está la de "la marginalidad política" de Ortega.

Su participación en política "fue muy activa", asegura el biógrafo. Decidió liderar "la necesidad de ir a una II República" y de luchar contra la dictadura de Primo de Rivera y la monarquía.

"En su fantasía más secreta estuvo incluso la posibilidad de presidir la República, pero de inmediato se dio cuenta de que era inviable", señala el autor.

En la Guerra Civil, Ortega consideró "un mal menor" el bando franquista, pero no lo hizo público "salvo en unas pocas líneas en 1938. Por fin sí acepta colaborar con el servicio de propaganda franquista, y lo hace a través de un artículo larguísimo que le sirve para garantizar que él estaba en el lado franquista", añade el autor.

Le echaron en cara su silencio durante la Guerra Civil, una actitud que "ya había predicado" en 1914. Las guerras, pensaba Ortega, "neutralizan la posibilidad de decir la verdad" y el único modo de estar a la altura era el silencio.

En su correspondencia consta que se suma al bando franquista, pero "eso no significa que de Ortega salga un franquista. No tiene ninguna simpatía ni por Franco ni por el régimen", subraya Gracia.

En la primera posguerra intentará regresar a España y "tanteará hasta dónde es verdad que él puede servir para reformar en sentido liberal al régimen".

"El escarmiento es inmediato. Y se da cuenta de que utilizan como herramienta de legitimación del régimen su presencia en España, y sobre todo la conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid en 1946, que causó consternación entre los intelectuales del exilio.

Jordi Gracia tiene muy claro que a Ortega no se le puede asociar con el fascismo. "Ninguno de los dos totalitarismos del siglo XX era solución de nada, decía una y otra vez", concluye.

ORTEGA Y EL EXILIO, UNA ROSA CON ESPINAS

Un congreso internacional aborda en Madrid la controvertida relación entre el filósofo y sus discípulos refugiados en América tras la Guerra Civil.

FERNANDO DÍAZ DE QUIJANO - 9 marzo, 2018



José Ortega y Gasset

Desde un punto de vista pragmático, el exilio de intelectuales republicanos tras la Guerra Civil Española supuso para la filosofía de **José Ortega y Gasset** (Madrid, 1883-1955) una gran ventaja y un gran inconveniente: por un lado, la diáspora de casi todos sus principales discípulos de la llamada Escuela de Madrid y otros filósofos destacados de la época (como **María Zambrano**, **José Gaos**, Luis Recasens, **Francisco Ayala**, Eduardo Nicol, Manuel Granell, Juan David García Bacca, José Ferrater Mora o Antonio Rodríguez Huéscar) hacia distintos países de América **difundió la semilla de su pensamiento, pero al mismo tiempo hizo que su legado quedara demasiado diluido**, además de truncar “el desarrollo de todo el potencial de aquella generación de filósofos de los años veinte y treinta”, explica **Javier Zamora Bonilla**, director del **Centro de Estudios Orteguianos** de la Fundación Ortega-Marañón.

La distancia propició distintas interpretaciones de los postulados orteguianos y dificultó la comunicación entre sus “herederos” filosóficos y la de estos con su maestro, por lo que no llegaron a crear una escuela de pensamiento compacta. Además, **la mayoría de sus discípulos, en diverso grado, acusó también la distancia ideológica**: recordemos que Ortega se exilió al principio de la guerra huyendo del bando republicano y a finales de los años cuarenta regresó a la España franquista.

Analizar este complejo legado orteguiano en el exilio republicano es el objetivo del **congreso internacional El legado de Ortega y Gasset en el exilio republicano del 39: continuidades y rupturas**, abierto al público, que se celebrará del lunes 12 al miércoles 14 de marzo en Madrid, organizado de manera conjunta por el Centro de Estudios Orteguianos, el Instituto de Filosofía del Centro Superior de Investigaciones Científicas y la Facultad de Ciencias Políticas de la

Universidad Complutense de Madrid. Para **Antolín Sánchez Cuervo**, vicedirector del Instituto de Filosofía del CSIC y codirector del congreso junto a Zamora Bonilla, este enfoque es poco habitual. “Decir hoy algo nuevo de Ortega se me hace casi imposible, pero sí que queremos llamar la atención sobre **un espacio dentro de los estudios orteguianos que se ha explorado poco**”, señala Sánchez Cuervo.

DIFERENCIAS IDEOLÓGICAS

“Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral”, escribió José Ortega y Gasset en su obra más leída, *La rebelión de las masas* (1930). Con esta analogía de la parálisis de medio cuerpo aplicada al ámbito de la ética, el célebre filósofo español consideraba que situarse en una de las dos mitades del espectro ideológico reducía la capacidad de razonamiento del individuo a la mitad. Esta afirmación está estrechamente ligada a la controvertida trayectoria vital e intelectual de su autor. La postura política de Ortega transitó **del liberalismo progresista al liberalismo conservador** al tiempo que sus postulados filosóficos lo hicieron **de la razón vital a la razón histórica**, explica Zamora Bonilla. La razón vital, recuerda el investigador, es una teoría de corte *nietzscheano*, que pone el foco en el “avance de los tiempos”; mientras que la razón histórica pone el foco en la relación del individuo con su pasado biográfico y el pasado histórico de la humanidad. Tanto Zambrano como Gaos entendían que los cambios en la filosofía de Ortega procedían de su cambio de ideología política. En cambio, “algunos pensamos que no hay tanta separación entre ambas teorías, ya que una no se entiende sin la otra”, señala el codirector del congreso.

En cuanto al posicionamiento político de Ortega, aunque huyó del Madrid republicano cuando comenzó la guerra, después de que unos milicianos comunistas armados se presentaran en su casa con la intención de obligarle a firmar un manifiesto, **en la España franquista fue siempre “un bicho raro”**, apunta Sánchez Calvo, que lo considera **un claro representante de “la tercera España”** que no se sintió cómoda ni en la II República ni en el franquismo. “Ortega y otros, como Marañón o Pérez de Ayala, aceptaron el régimen de Franco porque inocentemente esperaban que en un plazo razonable este permitiera una apertura hacia un sistema similar al de las democracias europeas. Esta postura de Ortega, que podía tener su razón de ser, tuvo también muchos objetores que consideraban que no cabía esa salida por la tangente: o defendías la legalidad republicana o eras aliado de los fascistas”, explica Sánchez Calvo. Sin embargo, el experto considera que “los detractores actuales de Ortega **han exagerado sus coqueteos con el régimen de Franco** y también su supuesta apología del nacionalcatolicismo, ya que él siempre fue laico”.

MÁS ALLÁ DE MARÍA ZAMBRANO

Mucho se ha escrito sobre la relación entre Ortega y Zambrano, una filósofa “que desde hace años está de moda, para bien y para mal y, por supuesto, sobre todo para bien”, opina Sánchez Calvo. “La relación entre ambos fue importantísima y, de hecho, sobre

ella versará la conferencia inaugural del congreso. Titulada *De la razón vital a la razón poética* (el segundo término es el nombre de la teoría que elaboró Zambrano a partir de la filosofía temprana de Ortega), estará a cargo de Pedro Cerezo Galán, de la Universidad de Granada. No obstante, el resto del congreso se centrará en el resto de autores mencionados más arriba, por lo general menos estudiados que Zambrano.

La mayoría de los ponentes son profesores e investigadores españoles, si bien también los hay procedentes de Escocia, Francia y, en mayor número, de Italia, donde “hay una tradición fuerte de hispanismo”, señala Sánchez Calvo. En cambio, llama la atención que, siendo Latinoamérica el principal ámbito geográfico de estudio de este congreso, no haya un solo ponente de allí. **“El presupuesto es el que es”, reconoce Zamora Bonilla, “y es muy caro invitar a expertos del otro lado del charco”**. Se trata de una muestra evidente de las apreturas presupuestarias que desde la explosión de la última crisis económica viene sufriendo el ámbito de la investigación y de las humanidades en España. En este caso, los gastos son sufragados por la Agencia Estatal de Investigación, dependiente del Ministerio de Economía, Industria y Competitividad; y por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional, a través de tres proyectos de investigación relacionados con el contenido del congreso.

LA IMPRONTA DE ORTEGA EN AMÉRICA

Ortega ya era conocido en América Latina antes de la guerra, especialmente en Argentina a partir de sus viajes a Buenos Aires, y en México, donde el filósofo Samuel Ramos, académico y director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) lo leía con mucho interés. “El exilio redobló el conocimiento de su figura sobre todo en Argentina y México, también en el ámbito caribeño, y menos en Chile y Perú”, explica Sánchez Cuervo. “En todos estos países Ortega tuvo una influencia difusa y muy adaptada a las circunstancias de cada país, algo muy orteguiano”.

Algunos de los discípulos de Ortega exiliados continuaron sus carreras en la misma dirección de las teorías de su maestro, mientras que otros fueron más críticos. **José Gaos, que recaló en México, fue el que continuó de una manera más fiel el legado orteguiano** y llegó a ser muy influyente en las principales instituciones mexicanas, la UNAM y el Colegio de México. Por eso es en este país, junto con Argentina, donde la impronta de Ortega es hoy mayor. “Gaos tuvo muchos discípulos mexicanos que contactaron con Ortega aunque fuera de manera indirecta, y hoy es una figura de referencia para pensadores mexicanos como Leopoldo Zea y Luis Villoro, uno de los grandes filósofos en lengua española de las últimas décadas”, opina Sánchez Calvo.

Aunque Ortega es reconocido como el filósofo español más importante del siglo XX, Zamora Bonilla no cree que pueda ser considerado como uno de los pensadores más influyentes de la filosofía reciente a escala internacional: En el mundo hispánico y especialmente en España ha habido una recuperación notable de su filosofía desde hace más de 20 años, y fuera de España hay grupos de estudiosos de Ortega en

Alemania, Francia, Italia, Iberoamérica, Estados Unidos, pero **no está considerado como un gran filósofo del canon occidental**". Difundir su obra es precisamente la labor de la fundación a la que pertenece el centro que Zamora Bonilla dirige, y actualmente está dirigiendo sus esfuerzos hacia China, donde han impulsado varias traducciones de la obra orteguiana.

Los profesionales académicos que se dedican a estudiar la historia no son amigos de los futuribles ni de las ucronías; no obstante, Zamora Bonilla no duda de que, sin la guerra civil, el porvenir de la filosofía española habría sido muy distinto, ya que en los años treinta confluyeron en torno a la Universidad Central (hoy Complutense) **“tres generaciones intelectuales muy potentes”**: **la del 14, la del 27 y la del 36, todas ellas vinculadas a la del 98**. Los filósofos españoles de entonces “dialogaban de tú a tú” con las corrientes Europeas del momento, ya que la inmensa mayoría de ellos habían salido fuera a estudiar, sobre todo a Alemania, cuya filosofía estaba «de moda» entonces. “Sin la ruptura de la guerra ese grupo filosófico, como en tantas otras áreas, hubieran seguido desarrollando su carrera con normalidad, habrían ocupado las cátedras y habrían tenido un desarrollo filosófico de gran nivel”, opina el director del Centro de Estudios Ortegaianos.

[@FDQuijano](#)

LA ESPAÑA INVERTEBRADA DE ORTEGA Y GASSET

Ortega y Gasset Todo lo que en estos días está acaeciendo en Catalunya, ya lo explica perfectamente el pensamiento orteguiano con una claridad que nos deja asombrados
30/06/2018



A veces, tenemos entre los hombres del siglo pasado, pensadores que se allegan al momento presente, como agua de mayo, para comprender que no hay nada nuevo bajo el sol -frase que solemos emplear muy a menudo, para dejar constancia de lo aconsejable de regresar a los acontecimientos del pretérito-, y que las circunstancias que acaecían en los años anteriores a la «Guerra Civil», ya se dibujaban en la realidad social del momento en las mismas preocupaciones y las mismas problemáticas que ahora se dan -aplicado ya el artículo 155 de la Constitución de 1978, por el Gobierno del partido Popular , tras el voto favorables de Senado- principiado ya el siglo XXI en

España, y trascurrido cerca de un siglo, del “ensayo del ensayo” que publicara José Ortega y Gasset*, que tituló: «La España invertebrada».

Este libro o mejor: «ensayo de un ensayo» -como le gustaba referirse Ortega-, tiene una larga relación con el articulista, desde hace muchos años, pongamos: desde 1970, que nos lo recomendó Marcos -el profesor de Lengua y Literatura- en su lectura literaria de Gasset; que si bien destacó por sus razonamientos filosóficos, no es menos cierto, que también por su pluma clara y concisa, que dispuso poner el castellano al alcance de todos aquellos que gustaban de leer e interpretar sus diferentes libros de naturaleza social y política, como por ejemplo, las controvertidas y sugerentes páginas de su libro tal vez más leído: «La rebelión de las masas».

La primera edición de “La España Invertebrada” es de 1921; la segunda edición de 1922; y la primera edición de la Colección Austral (Espasa-Calpe) del año 1964, y los párrafos que hemos transcrito, de la octava edición de 1984 con el N^o1345 que guardo como un incunable...

Todo lo que en estos días está acaeciendo en Catalunya, ya lo explica perfectamente el pensamiento orteguiano con una claridad que nos deja asombrados, pero con una anticipación de cerca de un siglo (96 años), desde aquel lejano 1921 que tuvo a bien el autor publicarlo.

A nuestro parecer, Ortega, analiza y es un buen conocedor de la idiosincrasia española como el que más, dejándonos para aquellos que gustamos la historia, una sugerentes páginas en este «ensayo de ensayo», que capta perfectamente el deterioro de aquella España de principios del siglo pasado, y su falta de convencimiento para la nacionalidades periféricas de un proyecto común que los ilusionase y los atara a una empresa de mayor significación política y social.

Y, aquí os pongo estos párrafos que, a modo de ave premonitora, Ortega y Gasset nos dejó, anticipándose a la guerra que estaba por llegar; y, a la dura dictadura franquista de cuarenta años que también se allegó. Y, hoy, a cuatro años de cumplirse el centenario de «La España invertebrada», resurge sus premonitorias páginas con la proclamación de la República Catalana por los independentista; y, la consiguiente aplicación por parte del Gobierno del artículo 155, y sin que los políticos españoles y catalanes se apresten a entablar un dialogo que pueda solucionar las demandas de los pueblos que ellos deben de gobernar, y pareciera que más bien desgobiernan: «Analícese las fuerzas diversas que actuaban en la política española durante todas esas centurias, y se advertirá claramente su atroz particularismo.

Empezando por la monarquía y siguiendo por la Iglesia, ningún poder nacional ha pensado más que en sí mismo. ¿Cuándo ha latido el corazón, al fin y al cabo extranjero, de un monarca español o de la Iglesia española por los destinos hondamente nacionales? Que se sepa, jamás.

Han hecho todo lo contrario: Monarquía e Iglesia se han obstinado en hacer adoptar sus destinos propios como los verdaderamente nacionales (1); han fomentado, generación tras generación, una selección inversa en la raza española. Sería curioso y científicamente fecundo hacer una historia de las preferencias manifestadas por los reyes españoles en la elección de las personas.

Ella mostraría la increíble y continuada perversión de valoraciones que los ha llevado casi indefectiblemente a preferir a los hombres tontos a los inteligentes, los envilecidos a los irreprochables.

Ahora, bien: el error habitual, inveterado, en la elección de personas, las preferencias reiteradas de lo ruin a lo selecto es el síntoma más evidente de que no se quiere en verdad hacer nada, emprender nada, crear nada que perviva luego por sí mismo. Cuando se tiene el corazón lleno de un alto empeño se acaba siempre por buscar los hombres más capaces de ejecutarlo.

En vez de renovar periódicamente el tesoro de ideas vitales, de modos de coexistencia, de empresas unitivas, el Poder público ha ido triturando la convivencia española y ha usado de su fuerza nacional casi exclusivamente para fines privados.

¿Es extraño que, al cabo del tiempo, la mayor parte de los españoles, y desde luego la mejor, se pregunte: para qué vivimos juntos? Porque vivir es algo que se hace hacia adelante, es una actividad que va de este segundo al inmediato futuro. No basta, pues para vivir la resonancia del pasado, y mucho menos para convivir. Por eso decía Renan que una nación es un plebiscito cotidiano.

En el secreto inefable de los corazones se hace todos los días un fatal sufragio que decide si una nación puede de verdad seguir siéndolo.

¿Qué nos invita el Poder público a hacer mañana en entusiasta colaboración? Desde hace mucho tiempo, muchos siglos, pretende el Poder público que los españoles existamos no más que para que él se dé el gusto de existir.

Como el pretexto es excesivamente menguado, España se va deshaciendo, deshaciendo... Hoy ya es, más bien que un pueblo, la polvareda que queda cuando por la gran ruta histórica ha pasado galopando un gran pueblo...

Así, pues, yo encuentro que el catalanismo y el bizcaitarrismo es precisamente lo que menos suele advertirse de ellos, a saber: lo que tienen de común, por una parte, con el largo proceso de secular desintegración que ha segado los dominios de España; por otra parte, con el particularismo latente o variamente modulado que existe hoy en el resto del país.



Lo demás, la afirmación de la diferencia étnica, el entusiasmo por sus idiomas, la crítica de la política central, me parece que, o no tiene importancia, o si la tienen, podría a provecharse en sentido favorable.

Pero esta interpretación del secesionismo vasco-catalán como mero caso específico de un particularismo más general existente en toda España queda mejor probada si nos fijamos en otro fenómeno agudísimo característico de la hora presente y que nada tiene que ver con provincias, regiones ni razas: el particularismo de las clases sociales.»